

# Imágenes de la ciudad del futuro: cinco utopías argentinas (1882-1908)

SOLEDAD QUEREILHAC  
Universidad de Buenos Aires,  
Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” /  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
solquerei@gmail.com

Recibido: 19 de abril de 2024 – Aceptado: 28 de mayo de 2024.  
<https://doi.org/10.46553/LET.89.2024.p75-93> CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional

**Resumen:** El artículo se concentra en el análisis de cinco utopías publicadas en los años de entresiglos en la Argentina: “Mañana City” de Manuel Vázquez Castro; “La ciudad del siglo XXX” de Justo S. López de Gomara; “El Centenario” de Paul Groussac; *La estrella del sur. A través del porvenir* de Enrique Vera y González; y *Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista* de Julio Dittrich. En todos los casos, los autores son inmigrantes de diferentes procedencias y formación previa, que dan a conocer sus relatos tanto en libros como en revistas. En estas cinco utopías —ejercicios de imaginación literaria de estatuto estético dispar— es posible rastrear nudos de la cultura del presente que aparecen como síntomas en la construcción del mundo futuro. Entre esos nudos, la proyección de una ciudad futura es uno de los problemas centrales en la medida en que permite la espacialización de la fantasía y su proyección panorámica. Me interesa identificar cuáles son las tensiones históricas que se cifran en la construcción ficcional de estas ciudades.

**Palabras clave:** Utopías argentinas; Ciudad futura; Temprana ciencia ficción argentina; Escritores inmigrantes.

## Images of the City of the Future: Five Argentinean Utopias (1882-1908)

**Abstract:** The article focuses on the analysis of five utopias published during the turn-of-the-century years in Argentina: “Mañana City” by Manuel Vázquez Castro; “La ciudad del siglo XXX” by Justo S. López de Gomara; “El Centenario” by Paul Groussac; *La estrella del sur. A través del porvenir* by Enrique Vera y González; and *Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista* by Julio Dittrich. In all cases, the authors are immigrants from different backgrounds and prior education, who present their stories both in books and in magazines. In these five utopias —exercises of literary imagination with different aesthetic statuses— it is possible to trace nodes of present-day culture that appear as symptoms in the construction of the future world. Among these nodes, the projection of a future city is one of the central problems, as it allows for the spatialization of fantasy and its panoramic projection. I am interested in identifying the historical tensions that are encoded in the fictional construction of these cities.

**Keywords:** Argentinian Utopias; Cities of the Future; Early Argentinian Science Fiction; Immigrant Writers.

En los años de entresiglos se publicó en la Argentina un conjunto de relatos utópicos que imaginaron el futuro de la ciudad de Buenos Aires y, en menor medida, de todo el país. Publicadas por escritores de diferentes perfiles —periodistas profesionales de origen inmigratorio, intelectuales y/o escritores tanto criollos como extranjeros, miembros de la elite, militantes del socialismo o el anarquismo—, las utopías presentaban, de manera resumida o con gran detalle, el diseño de una sociedad que había superado los problemas más acuciantes del presente gracias a una hipertecnificación de la vida cotidiana, a la organización racionalizada de las formas de gobierno y a diversas formas de control social. En su mayoría, la ciudad es el espacio sobre el cual se proyecta esa temporalidad futura, concretada a través de un diseño urbano que explora el aire (en el transporte y en la edificación), que posee dimensiones colosales y en el cual los avances de la ciencia y la técnica han simplificado —y, a la vez, mejorado— la vida de las personas. La proyección plástica de ese mundo futuro parece ser requisito indispensable para la espacialización y la concreción visual de la fantasía fantástica. Aquello que la vanguardia futurista convertirá en programático a partir de la década de 1910, puede hallarse en clave de proyección utópica en estas narraciones de perspectiva sumamente positiva respecto de los beneficios de la ciencia y la tecnología para la vida humana, que también exploran su potencialidad estética, si bien de manera menos sofisticada que el futurismo.

Muchos fueron los autores que ensayaron la narrativa utópica en la Argentina; desde Domingo Faustino Sarmiento con su pionera *Argirópolis* de 1850, hasta el amplio espectro de firmas de los años de entresiglos, entre quienes se cuentan Eduardo L. Holmberg, Aquiles Sioen, Eduardo de Ezcurra, José María de Alcántara, Pierre Quiroule, Benito Lynch, Manuel Vázquez Castro, Justo S. López de Gomara, Paul Groussac, Enrique Vera y González y Julio Dittrich. En el presente trabajo, me concentraré en las narraciones de estos últimos cinco autores, que abordan la ciudad del futuro desde perspectivas particulares, en las que vale la pena detenerse. Estas son “Mañana City”, temprano relato breve que es, de alguna manera, “modélico” respecto de los temas que reaparecerán una y otra vez en posteriores narraciones, y que fue publicado por el periodista y escritor español Manuel Vázquez Castro en el *Almanaque Sudamericano* de 1882 (con el alias “Manuel Barros”); “La ciudad del siglo XXX”, del periodista, dramaturgo y escritor español Justo S. López de Gomara, dado a conocer en la antología de relatos *Locuras humanas*, publicado en Buenos Aires de 1886; “El Centenario”, relato breve del escritor francés y director de la Biblioteca Nacional, Paul Groussac, publicado en la revista *La Biblioteca* (1897), en reemplazo de un ensayo histórico que no había llegado a terminar; *La estrella del sur. A través del porvenir*, novela del intelectual y periodista español Enrique Vera y González, publicada en 1904 y luego reeditada con ilustraciones en 1907; y finalmente la novela *Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista*, del obrero metalúrgico alemán Julio Dittrich, único libro conocido del autor, publicado en 1908. Si bien todos residían en la Argentina al momento de la publicación, se trata de inmigrantes de diferentes procedencias y formación previa, tal como analizaremos más adelante.

En estas cinco utopías, que concibo como ejercicios de imaginación literaria de estatuto estético dispar (desde el relato breve incluido en el periódico hasta la forma culturalmente jerarquizada del libro), es posible rastrear nudos de la cultura del presente que aparecen como síntomas en la construcción del mundo futuro. Entre esos nudos, la proyección de una ciudad

futura es uno de los problemas centrales, en la medida en que se presenta casi como requisito ineludible del ejercicio utópico o, en otro sentido, de la concepción de una sociedad futura y todo su vasto sistema de organización política, económica y espacial. En la medida en que las utopías atienden a la totalidad de sistema de organización social, el diseño del espacio urbano —las calles y vías aéreas, los jardines recreativos, los edificios oficiales o de vivienda, los aspectos ornamentales o decorativos, las comunicaciones— se vuelve tema estructural y condición de posibilidad para el funcionamiento efectivo de ese mundo futuro imaginado. En este sentido, me detendré en el aspecto más plástico y visual de estas narraciones, cuando diseñan y en cierta medida fundan una ciudad ideal, que cumple con todas las expectativas del presente: belleza, movilidad, habitabilidad, hipertecnificación, a las que se suman, en el plano social, cosmopolitismo “armónico”, diversidad e internacionalismo paradójicamente pacificado en sus diferencias.

Cabe destacar que en estas narraciones —salvo en la de López de Gomara, que arma el contrapunto— hay una visión emancipatoria, positiva sin remedos, del avance científico-técnico y de su feliz incorporación a la vida urbana y a la vida cotidiana. Por el contrario, lo que subrepticamente funciona como el mal, lo “otro”, lo que acecha, lo que debe ser controlado es, en cambio, de naturaleza social. Las soluciones, siempre escamoteadoras del conflicto y de la confrontación, producen un extraño efecto contradictorio de la utopía: tras las pretendidas armonía y paz social, se esconden muchas veces soluciones autoritarias que bien podrían constituir auténticas distopías. Sin embargo, son escasísimas en el período de entresiglos las narraciones que parten de la perspectiva negativa de la distopía; es solo a partir de las dos guerras mundiales y la crisis de los Estados liberales que comienzan a proliferar las narraciones distópicas, sobre todo en los países centrales. Nos concentraremos más adelante, entonces, en esta doble faz ideológica de los futuros vislumbrados.

Como objetivo final, me interesa identificar cuáles son las tensiones históricas que se cifran en la particular construcción ficcional de estas ciudades. Sigo de cerca las hipótesis de Fredric Jameson tanto en *Documentos de cultura, documentos de barbarie* (1989) —en relación con la construcción de ideogramas narrativos en las fantasías literarias y con la representación de la otredad—, como en *Arqueologías de futuro* —en relación con su lectura de las utopías como “collages de experiencia, constructos compuestos de fragmentos y trozos del aquí y ahora” (2005: 9)—. Creo que en este dispar corpus de cinco utopías funcionan, a la manera de cifras sintomatológicas del presente, soluciones solo en apariencia felices que se apoyan, en realidad, en un fuerte disciplinamiento del “otro” social y, en algunos casos, particularmente de las mujeres.

### **El fin de la historia**

A pesar de sus diferencias, las cinco utopías elegidas se erigen en base a un presupuesto tácito o, mejor dicho, una cosmovisión común: el fin de la historia, esto es, su detención en tanto proceso económico, político y social como consecuencia de haberse alcanzado un estado de perfección y equilibrio. Si bien, como sostiene Margarita Gutman, en las utopías de Vera y González y de Dittrich, por ejemplo, se mencionan objetivos a futuro (de ese futuro) aún no alcanzados, y eso presupone la no perfectibilidad del mundo creado sino cierto dinamismo (2011: 624), lo cierto es que, en un sentido profundo y estructural, el mundo ficcional funciona

como una fotografía estática de un sistema que ya ha conjurado todos sus posibles problemas y que vibra en su permanente armonía. La historia como fuerza transformadora, como proceso material de combate entre intereses y actores, está explícitamente borrada de los mundos construidos: prima una detención de las fuerzas sociales y económicas reales ya que el ideal, la felicidad futura, emana de una depuración de todo aquello que molesta en el mundo del presente del autor. En todos estos textos la historia —esto es, el universo contextual de los autores, su marco de producción— solo emana como síntoma de un malestar, como disparador para invertir o distorsionar correctivamente lo que disgusta o resulta disruptivo. Sin embargo, no podríamos jamás decir que se trata de textos carentes de historicidad, en la medida en que la literatura es siempre un hecho social y es el resultado de complejas relaciones sociales (Sapiro, 2016). Lo histórico está allí presente en la *forma* literaria; la historicidad de estos textos se detecta en las elecciones formales, en el particular “cierre” de ese sistema total futuro y, también, paradójicamente, en sus omisiones, en lo que se silencia, en lo que se elimina en tanto otredad perturbadora. Es curioso notar que en las narraciones de este período la distinción utopía/distopía no termina de funcionar, dado que lo que se propone como ideal, muchas veces no parece serlo para una importante porción de los sujetos imaginados, pero esto no se detecta negativamente en la perspectiva narradora.

En este sentido, cabe señalar que, para Jameson, “la forma utópica es en sí una meditación representativa sobre la diferencia radical, la otredad radical, y sobre la naturaleza sistémica de la totalidad social, hasta el punto de que uno no puede imaginar ningún cambio fundamental de nuestra existencia social que antes no haya arrojado visiones utópicas cual sendas chispas de un cometa” (2009: 9). También señala que “nuestra imaginación es rehén de nuestro modo de producción” y que la utopía permite tomar mayor consciencia de “nuestro aprisionamiento mental e ideológico” (Jameson, 2009: 10). El presente de la enunciación está, así, contenido dentro de y, a la vez, condicionando las elecciones constructivas de la utopía, que incluyen la identificación de ese “otro” social así como el mejoramiento del sistema visto en su conjunto. En efecto, la propuesta de Jameson es no solo estudiar los materiales sociales que nutren las utopías sino las relaciones textuales que adquieren: estudiar el cierre, el armado del particular sistema de ese mundo, qué aparece invertido o qué excluido. Es por eso por lo que Jameson reivindica la propuesta de Darko Suvin sobre el “extrañamiento cognitivo” que define a la ciencia ficción y su encuadre del género o modalidad con relación a su función epistemológica. Las utopías se incluyen como un subconjunto dentro de esta definición de la ciencia ficción en la medida en que imaginan formas sociales y económicas alternativas.

Ahora bien, es importante señalar que mi lectura de las utopías no busca la detección de propuestas programáticas, ni la eventual correspondencia de estas narraciones con idearios políticos de época o programas partidarios. No es la historia de las ideas la perspectiva rectora, sino la historia literaria y la lectura crítica. En este sentido, sigo tanto a Suvin (1979) como a Frye (1982) y Williams (1979) cuando enfatizan en que la utopía es un género narrativo, y como tal —esto es, en tanto literatura— debe ser abordado, por más que muchas utopías hayan sido

escritas al calor de las ideas socialistas, anarquistas o liberales<sup>1</sup>. No son profecías, no son programas: son ficciones<sup>2</sup>. Pero no por ello carecen de dimensión ideológica.

Darko Suvin, en efecto, incluye las utopías dentro de la ciencia ficción en tanto género o modo narrativo. “Hablando en un sentido estricto y con precisión, la utopía no es un género, sino el subgénero socio-político de la ciencia ficción” (1984: 92). Y agrega: “Toda cognición puede volverse tema de una construcción verbal de extrañamiento, dedicada a una comunidad particular casi humana manejada como una historia alterna. Este ‘extrañamiento cognoscitivo’ es la base del género literario de la ciencia ficción” (1984: 92)<sup>3</sup>. Esta articulación entre cognición y extrañamiento se verifica en el caso puntual de la concepción de las ciudades. Tal como señalan Suvin y Frye, las utopías del siglo XIX abandonan la proyección del mundo ideal en islas o territorios inexplorados del globo (como el caso fundante y paradigmático de la *Utopía* de Moro, publicada en 1516), y lo localizan, en cambio, en el tiempo futuro. La variable espacial es reemplazada, así, por la variable temporal. Sin embargo, esa necesidad de espacialización aún pervive en la insistencia —de estas cinco utopías y de muchas otras— en desarrollar extensas descripciones y recreaciones de las ciudades del futuro. Ya no son islas inexploradas (contemporáneas) sino espacios radicalmente transformados respecto de sus modelos del presente. La ciudad es el trofeo que los narradores exhiben sobre la conquista de ese futuro, a fuerza de desarrollo científico-técnico, del primado de la razón y el orden por sobre la irracionalidad y la desmesura. En esta línea, para Frye, “el símbolo del proyecto consciente es la ciudad, con su diseño de calles y edificios, y con el complejo ciclo económico de producción, distribución y consumo que aquélla establece. La utopía es, ante todo, una visión de la ciudad ordenada y de una sociedad dominada por la ciudad” (1982: 72). En las utopías argentinas seleccionadas, la ciudad lo abarca todo; el campo es una presencia lejana, apenas mencionada pero no cabalmente representada. Paradojas de una nación paulatinamente volcada a la agroexportación, la ciudad es el espacio exclusivo de ese futuro exitoso, acaso porque les pertenece a todos, mientras que el campo es propiedad de unos pocos. De alguna manera, lo rural queda asociado a lo arcaico, en la medida en que, en la mayoría de las narraciones, los alimentos son producidos en laboratorios que sintetizan artificialmente los nutrientes esenciales. Acaso el origen inmigratorio y la residencia citadina de los escritores seleccionados expliquen en parte ese borramiento o negación de lo rural y su peso simbólico en la tradición; en todo caso, cabe apuntar el desfase entre las formas productivas concretas y lo que se concibe como ideal de progreso en la Argentina de entresiglos. Es interesante confrontar este privilegio de la ciudad con las futuras operaciones del nacionalismo cultural del centenario, sobre todo las

---

<sup>1</sup> Estos autores toman como corpus de referencia tanto los libros iniciales de Tomás Moro, *Utopía*, y de Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*, como las populares novelas del siglo XIX de Edward Bellamy, *Looking Backward*; de William Morris, *News from Nowhere*, y de H. G. Wells, *A Modern Utopia*, de comienzos de siglo XX. Hasta el momento, no abundan los estudios literarios sobre utopías en la Argentina. Cabe destacar que el presente trabajo es parte de una investigación mayor sobre el tema, que abarca el período 1870-1930.

<sup>2</sup> “Tenemos que ver [la utopía] como una especie de imaginación literaria constructiva y deberíamos esperar encontramos con que cuanto más penetrante es la mente del escritor utópico, tanto más claramente comprende que está comunicando a sus lectores una visión, y no compartiendo con ellos un poder o sueño fantástico” (Frye, 1982: 70).

<sup>3</sup> Cabe citar también la definición que arriesga Suvin de la utopía como forma literaria: “Utopía es la construcción verbal de una comunidad casi humana particular, en la cual las instituciones socio-políticas, las normas y las relaciones individuales están organizadas de acuerdo con un principio más perfecto que el de la comunidad del autor, teniendo como base dicha estructura un extrañamiento surgido de una hipótesis histórica alterna” (1984: 78).

apuestas de Leopoldo Lugones (con su obra *El payador* de 1913-1916) y, en menor medida, Ricardo Rojas, que apelaban a una valoración de lo criollo —domesticado— y al espacio del campo como germen de lo genuinamente argentino, en contraste con el cosmopolitismo babélico producto de la inmigración masiva (Terán, 1993; Devoto, 2002).

Ahora bien, ¿qué ciudad real aparece en estas utopías futuristas? Al comienzo señalamos que, por lo general, la ciudad referida es Buenos Aires. Sin embargo, debemos aquí introducir alguna salvedad. En las dos utopías publicadas en la década de 1880, “Mañana City” y “La ciudad del siglo XXX”, se habla de ciudades genéricas, que podrían aludir a Buenos Aires pero también a cualquier otra metrópolis como Nueva York, Londres o París, habituales polos de comparación. En “Mañana City”, todas las diferencias nacionales y regionales parecen haberse licuado en una síntesis abarcativa y superadora: “Los habitantes no pertenecen a ninguna raza de las conocidas: su tipo es el producto de la amalgama de todas ellas. Lo mismo sucede con el idioma, que recuerda vagamente todos los que hoy se hablan” (Vázquez Castro, 2016: 282). Es una ciudad situada *en* el futuro, no en una región particular del globo, y su exitosa civilización incluye, entre muchos puntos que se verán más adelante, una fusión cultural universal. En otro sentido, la ciudad Equis del cuento de López de Gomara, situada en uno de los “Estados del Sur” de la antigua República Argentina (que en ese futuro es la Confederación Argentina, compuesta por cincuenta Estados), es una ciudad nueva, una entre las tantas que surgieron en el futuro “siguiendo el ejemplo de La Plata” (López de Gomara, 1886: 90). Como solución a la “centralización monstruosa” de “una sola capital” (esto es, Buenos Aires), se divide el país en diversas regiones, cada una con su ciudad central; de esta manera, López de Gomara se desvía del porteñocentrismo y elige como modelo de las ciudades de su utopía futurista a la recientemente creada ciudad platense, pensada como nueva capital de la provincia de Buenos Aires, que había cedido su capital a la Nación. La ciudad “Equis” y la ciudad del “Mañana” no son alegorías ni versiones de referentes reales, pero están ambas atravesadas por la articulación entre cognición y extrañamiento; ambas cifran elementos del presente de la escritura que aparecen aquí superados, resueltos en su mejor versión. En cierta medida, la no correspondencia topográfica potencia el contenido crítico —irónico en “Mañana City”, algo satírico en “La ciudad del siglo XXX”— de la sociedad extratextual.

En otra dirección, las narraciones de Paul Groussac, Enrique Vera y González, y Julio Dittrich toman a Buenos Aires como referencia y la proyectan hacia el futuro. En las tres utopías no es menor la inclusión del Centenario o el Bicentenario de la Revolución de Mayo como fecha articuladora de los acontecimientos. La conmemoración del 25 de mayo es un mojón temporal (Gutman, 2011: 585), un momento de balance de lo realizado en una nación joven, que en esos futuros imaginados por los autores —1910, 2010 y 1950 respectivamente— se presenta como la más avanzada del mundo o como aquella que nada tiene que envidiarle a los (otrora) países centrales. Tal como sucedería, en efecto, en los festejos del primer Centenario, en los que la ciudad fue escenario tanto de nuevos monumentos, desfiles y celebraciones, como de represión y prohibiciones de circulación, en estas narraciones la ciudad que conmemora su pasado fundacional es pieza fundamental de la escenificación simbólica. Además, en los tres relatos no es menor el componente nacionalista y el armado, asimismo, del “panteón nacional” y de las figuras ilustres de la historia: Julio Roca en el caso de Groussac, a quien colma de

elogios; Alfredo Palacios en el caso de Julio Ditttrich, recreado como verdadero mártir de los inicios de la revolución socialista; y un amplio espectro de nombres ligados a la tradición unitaria y el ala liberal de la generación del ochenta en Vera y González (y las exclusiones de Rosas y Roca, entre otros).

El componente nacionalista no es menor. Es indicador de que toda pregunta por el futuro es inescindible de la pregunta por la Nación argentina y su destino, su lugar en la geopolítica por venir y, en un sentido más profundo, por su tradición e idiosincrasia nacionales. Hay un imaginario nacional en disputa y por construir en el presente de los autores (1897, 1904 y 1908), marcado por la inserción del país en la economía mundial, la reciente formación del Estado nación y la emergencia de nuevos actores políticos, la inmigración masiva y el explosivo crecimiento demográfico, la paulatina organización sindical de la clase trabajadora, la lucha por la ampliación de derechos y de participación política, la creciente desigualdad social, entre otros factores. La cercanía y la expectativa del primer Centenario revitalizó las discusiones y los ensayos de respuesta en clave de nacionalismo cultural, en tanto aparato ideológico para oponer a las masas de inmigrantes, tal como han trabajado tantos historiadores y críticos culturales (Cattaruzza y Eujenian, 2003; Devoto, 2002, Sarlo y Altamirano, 1983). Estas utopías hacen pie en esa fecha conmemorativa como forma de articular el extrañamiento y la cognición: una historia referencial conocida —la Revolución de Mayo—, por un lado, y una proyección de futuro de una nación que no corta amarras con su relato fundacional. Y a ello se suma la mirada del escritor inmigrante, que hace suyas ciertas líneas de lectura de la elite cultural, desde la plena identificación o con matices y pequeñas resistencias.

### Formas del viaje en el tiempo

Por último, antes de analizar en detalle las cinco utopías seleccionadas, cabe mencionar un aspecto en común a tres de ellas. Me refiero a la forma en que los personajes viajan a ese futuro. No existen aquí máquinas del tiempo ni ningún otro prodigio tecnológico que permita alterar el espacio-tiempo. A pesar de que todos los mundos futuros están hipertecnologizados, en un sentido positivo, cuando se trata de explicar la posibilidad del viaje es otro el imaginario convocado, un imaginario que al parecer resulta más verosímil o, aun, narrable: el de las ciencias ocultas y las pseudociencias de la época, vinculadas concretamente en estos casos al viaje del espíritu a través del sueño inducido y la alteración de la conciencia. No viaja el cuerpo al futuro, sino el espíritu, a través de un sueño especial o hipnosis<sup>4</sup>.

En “Mañana City”, el narrador —de origen norteamericano, residente en Buenos Aires— cuenta la historia que le refiere su amigo Nicomedes, un inmigrante español que pasa muchos días sin comer, por causa de su falta de dinero, y en ese estado sueña que visita la ciudad del futuro. Su guía en ese trance onírico no es otro que su amigo norteamericano, ahora interlocutor, que forma parte del sueño. Ambos poseen intereses científicos y una formación de diletantes de la ciencia; el narrador gusta de exponer “mis excursiones por el porvenir en alas de una ciencia de fantasía de mi uso particular y exclusivo” (Vázquez Castro, 2016: 277) cuando se juntan en

---

<sup>4</sup> Este recurso no es exclusivo de la literatura argentina. Por el contrario, una de las utopías más leídas en el siglo XIX, *Looking Backward* de Bellamy, presenta también el recurso del sueño hipnótico para el viaje hacia el año 2000. También Eduardo L. Holmberg apela al viaje del espíritu en su novela *Viaje maravilloso del Sr. Nic-Nac al planeta Marte*.

los bares porteños. La frase funciona en el texto como resto diurno que Nicomedes incorpora en su viaje-sueño, pero también como clave de lectura de la propia utopía: una proyección fantástica hecha con usos personales de nociones científicas por parte de Vázquez Castro.

Ahora bien, el amigo-guía aparece en el sueño representado como un “mago egipcio”, vistiendo “un gorro puntiagudo y una rozagante túnica cuajada de dibujos que representaba aparatos de química, desconocidos en nuestros laboratorios” (279). La síntesis de lo esotérico antiguo (mago) y lo científico del futuro (aparatos desconocidos) introduce una variable que reaparecerá una y otra vez en estas narraciones. La asociación de los ocultismos finiseculares y las pseudociencias con el germen de posibles ciencias del futuro, ciencias jóvenes aun no reconocidas como tales pero que en los próximos años o décadas probarían su base empírica y la legitimidad de sus enunciados, reaparece en el amplio corpus de la temprana ciencia ficción argentina de entresiglos (y aun entre otros ámbitos no literarios de la cultura de la época) tal como han estudiado Quereilhac (2016; 2020) y Vallejo (2017; 2019). A este elemento, se agrega la forma en que Nicomedes narra su extraña experiencia, sintetizando de manera oximorónica el acceso a ese tiempo futuro: “he soñado, he viajado y he vivido diez siglos en una noche, puesto que he visto en miniatura el mundo del siglo XXX” (277). La dimensión del sueño adquiere siempre una consistencia material, una densidad fáctica, acorde a la lógica con la que usualmente se fusionan lo ocultista y lo científico en este modo narrativo de entresiglos.

Similar síntesis se exhibe en el relato de Groussac de 1897. Muy cercano al tipo de relatos de temática científico-ocultista que Leopoldo Lugones comenzaría a publicar ese año en diarios y revistas, y que después compilaría en su libro *Las fuerzas extrañas* (1906), el texto de Groussac presenta la experiencia en el marco de la siguiente teoría: “Según él [el célebre doctor Blagowicz (de la universidad de Cracovia)], las novísimas tentativas de sugestión mental, y demás hechos irrefutables del sonambulismo provocado, se encaminan a la demostración científica de muchos hechos sobrenaturales, admitidos por nuestros abuelos, negados por nuestros padres, y en cuya verdad tangible volverán nuestros niños a creer” (Groussac, 1897: 287-288). Este tipo de razonamientos, presente como señalé en los cuentos científico-ocultistas de Lugones, pero también en los de Eduardo L. Holmberg, Horacio Quiroga, Luis V. Varela (alias Raúl Waleis), Atilio Chiappori y tantos otros, acompaña las proyecciones futuristas de la utopía, aunque en un lapso de tiempo menor, medido en generaciones de abuelos, padres e hijos. Se piensa en una ciencia del futuro próximo, una ciencia que logrará incorporar dentro de su campo de incumbencias los fenómenos psíquicos, espiritistas y paranormales, y así emergerá enriquecida, porque no descartará todo su acervo materialista sino que lo fusionará con aquello que el presente descarta o mira con sospecha. En el caso de Groussac, el viaje hacia el futuro cercano, el 25 de mayo de 1910, se realiza a través de la conciencia, tras la inducción de un sueño hipnótico que abre los sentidos y puede atravesar el tiempo. Vuelven a aparecer “los magos egipcios”, los faquires y otros sujetos y fenómenos, para dar volumen y verosimilitud referencial a la experiencia narrada. Es interesante notar que las líneas dedicadas a la forma de este viaje son apenas menores a las dedicadas a la utopía propiamente dicha.

Por último, en *La estrella del sur*, de Vera y González, también asistimos a una combinación de ciencia y ciencias ocultas. Quien lleva al protagonista hacia el futuro es un indio, Haraontis,



“adorador de Brahma”, pero también diplomado en medicina en la universidad<sup>5</sup>. Ferviente espiritualista, conecedor de “todas las prácticas del faquirismo” (Vera y González, 2000: 37), Haraontis guía al protagonista, el escéptico y desencantado Luis Miralta, a un viaje a Buenos Aires en 2010, gracias a la ingesta de un particular licor, de un tabaco verde, y gracias a la inducción de su conciencia hacia otra dimensión temporal, no sin antes atravesar un pasadizo lleno de espejos y sombras. Otra vez, la tríada soñar-viajar-vivir se hace presente: “Yo soy uno de esos hombres [los videntes, los vates]; no induzco, no infiero por analogías, no tanteo por presunciones: veo” (Vera y González, 2000: 42). Gracias al arribo a un estado de conciencia en particular, Miralta presencia el futuro de Buenos Aires como si se tratara de una película, en el que él es solo espectador (y una reconocida celebridad nacional del pasado, auténtico descubrimiento de su destino). Curiosamente, como veremos, ese mundo no se rige por las veleidades del espíritu, sino que se trata de una ciudad en la que la ciencia, si bien reconciliada con el psiquismo, es la gran rectora.

Las restantes dos utopías no apelan a este recurso, si bien Dittrich convoca, a su manera, el sueño del protagonista. López de Gomara opta por un narrador omnisciente, que nunca evidencia cómo accede a ese conocimiento sobre el futuro; el tono jocoso y aun satírico del relato parece justificar este punto de vista. Por su parte, Dittrich propone el siguiente marco: el protagonista, un obrero socialista que ha luchado por sus derechos en el pasado, recibe un fuerte sablazo en la cabeza por parte de la policía en una protesta de principios de siglo XX. Ese golpe lo deja fuera de sí, entre dormido y loco, por más de cuarenta años. En 1950, los avances de la medicina permiten operarlo y devolverle la plena conciencia. Es gracias a esa intervención de la ciencia que el protagonista “despierta” en un mundo en el que el socialismo ha triunfado.

### **Una utopía modélica de tópicos y formas: “Mañana City”**

Manuel Vázquez Castro (1844-1885), que solía firmar como Manuel Barros, fue un emigrado español que, antes de radicarse en Buenos Aires, vivió un tiempo en Cuba, como muchos compatriotas. Periodista de profesión, integró y dirigió periódicos en Cuba, y fue allí también tenedor de libros. A comienzos de la década de 1870 residió en varias ciudades de Estados Unidos. Cuando se trasladó a Buenos Aires, cerca de 1872, “trabaj[ó] como tenedor de libros en el comercio de Carlos Casares, quien fue nombrado gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1875-78”; Vázquez Castro pasó a desempeñarse entonces como su secretario particular (Portela Medraño s/d; s/p). Tras participar en el semanario *Antón Pirulero* y en el *Almanaque Sudamericano*, “editado en Barcelona con destino a los lectores de tierras sudamericanas” (Portela Medraño s/d; s/p), donde publicó “Mañana City”, fundó en 1880 el periódico *La Nación Española*, uno de los más destacados de la prensa gallega en la Argentina.

---

<sup>5</sup> “Soy médico, pero el estudio de la medicina no ha sido para mí sino un peldaño que necesitaba remontar en la escuela de mis investigaciones. Si hay algo real en el universo es el espíritu, señor natural de toda la serie de apariencias inferiores a que llamamos mundo. Si hay un sueño, una ilusión, una sombra de sombras, eso es la materia [...]” (Vera y González, 2000: 37).

Su experiencia cosmopolita dejó huellas en su breve pero significativa utopía. “Mañana City” es, paradójicamente, la utopía más igualitarista y, a su manera, socialista de este corpus e, incluso, en relación a varios títulos del período. A pesar de su brevedad y de su inserción en un soporte hebdomadario, a pesar del estilo fugaz al correr de la pluma (y no trabajado, como el de Groussac, por ejemplo), “Mañana City” recorre todos los ítems obligados de ese mundo futuro que se pretende ideal, en el que la historia, por fin, se ha detenido<sup>6</sup>.

El narrador anuncia que “hemos resuelto el problema de la alimentación, redimiendo a la mísera humanidad de la tiranía del hambre” (Vázquez Castro, 2016: 289). Esa resolución consistía en la fabricación casi sin costos de alimentos artificiales, que el propio “viajero” prueba con mucho gusto. “Los ciudadanos pueden dedicar a su instrucción y mejoramiento físico y moral todo el tiempo que antes empleaban en la ruda y a veces desgraciada caza del pan nuestro de cada día, que era la mayor parte de la vida. Con trabajar lo necesario para comprarse una túnica, libros y aparatos científicos, estamos del otro lado” (Vázquez Castro, 2016: 281). El hambre es un tema que reaparece una y otra vez en las narraciones, y ello es ejemplo de cómo las carencias del presente emanan mágicamente resueltas en la utopía. Lo que aquí llama la atención, además, es la compensación por la cultura, la educación y la práctica científica; esto presupone una democratización plena del saber. También se habla del destierro de las enfermedades; las personas solo se mueren de viejas. Pero lo que representa el ejemplo más radical de cómo la utopía razona el mundo futuro borrando todo aquello que molesta y que se identifica (de manera alienada) como causa de la infelicidad, es la ausencia de toda forma de gobierno: “En el deseo de informarme de todo, pregunté a mi *cicerone* qué sistema de gobierno regía en Mañana. –Ninguno, me respondió: siglos hace que la humanidad dejó de ser rebaño y por lo tanto no ha menester pastor” (Vázquez Castro, 2016: 282). Solo la razón individual, “cuya suma forma la razón común”, gobierna a los seres humanos. Y esto también incluye la desaparición de la religión, un tema que reaparecerá en otras utopías. Tampoco hay ya cárceles, ni policía, ni herencia, ni matrimonio obligatorio. Todo ello está ligado al pasado, bajo el nombre de “barbarie”. Cabe señalar por último que “Mañana City” es la única narración de este tipo (exceptuando algunas anarquistas) que reconoce la plena igualdad entre las mujeres y los hombres en la sociedad del futuro. Para ello, disuelve también la familia tal como se la conoce en el presente de la escritura: “Los hijos pertenecen a la sociedad, que se encarga de su sustento y los educa, hasta colocarlos en aptitud de subvenir a sus necesidades y ser útiles a la comunidad” (Vázquez Castro, 2016: 283).

Vemos entonces cómo funciona la proyección utópica: se toman los elementos a los cuales se les atribuyen defectos constitutivos y se los suprime de la sociedad ideal. No hay conflictividad posible en la medida en que se extirpan las identificadas como causas del mal. Pero lo cierto es que, en un sentido profundo, lo que se elimina es justamente la diferencia y la otredad. La felicidad está superpuesta a una homogeneidad social indiscutible. El otro movimiento constructivo de la sociedad de “Mañana City” es la fusión. Como vimos

---

<sup>6</sup> En su estudio sobre las proyecciones del futuro en los semanarios ilustrados porteños, Margarita Gutman señala que entre “Mañana City” de 1882 y “Buenos Aires en el año 2177” de 1927, publicado sin firma en el diario *Crítica*, se traza un arco de continuidades en torno al imaginario de la ciudad del porvenir, con su proyección “vertical” y su hipertecnificación. Los temas se reiteran, así como la perspectiva positiva sobre el progreso de las ciencias y el mejoramiento de la vida humana (Gutman, 2011: 239-246).

anteriormente, todas las “razas” y todos los idiomas aparecen felizmente mixturados. No solo se suprime el tiempo de la Historia; también la posibilidad de la emergencia del disenso.

Ahora bien, este mundo se proyecta visualmente sobre una ciudad fantástica. Sin esa espacialización, el aura de felicidad y plenitud se perdería en abstracciones. Es la ciudad la que garantiza la asequibilidad de ese futuro entrevisto en la ficción. Así, Nicomedes toma contacto con Mañana City desde un globo aerostático, tripulado por su amigo-mago, que se eleva casi a la estratósfera para esperar ver pasar la ciudad misma, gracias a la rotación de la tierra. Se entera allí mismo de que están en el siglo XXX y la carta de presentación es, como no podía ser de otra manera, la conquista del aire: la aviación es ya un descubrimiento tan naturalizado como la “sopa de ajo” española o la navegación marítima a vapor descubierta por Fulton. Los pisos de la casa del anfitrión “bajan” a recibirlos y lo mismo sucederá en la ciudad con las calles, que son móviles. El imperio de la electricidad garantiza el confort y toda la vida parece fluir como en círculos perfectos, emulando la nueva forma de las manzanas circulares:

La ciudad era extensísima, de calles de 50 metros de anchura, tiradas a cordel, y con magníficos edificios, cuya arquitectura ecléctica recordaba las de todas las épocas, desde la titánica hasta la churrigueresca. Los medios de locomoción eran numerosos y fáciles: la electricidad servía de motor a todos ellos. Había sonado la hora de la emancipación para la raza caballar y la vacuna, y ni el noble corcel tascaba el freno ni el pacífico buey sufría el duro yugo: la libertad lucía para todos los seres. Las aceras giratorias que, movidas por un ingenioso mecanismo subterráneo, daban vuelta constantemente en torno de las manzanas, que eran circulares, evitaban la añeja molestia de andar a pie. No había más que detenerse en el arroyo los segundos necesarios para que la vereda o acera pasase en la dirección deseada, subir, dejarse llevar hasta la inmediata bocacalle, repetir allí la misma operación, y así sucesivamente. Los bulliciosos carros del tráfico, que aquí son tu tormento y el mío, no existían allí. Había ciertas vías subterráneas dedicadas a este objeto, a que se atiende con vehículos a propósito, movidos por la electricidad como todos los demás (Vázquez Castro, 2016: 282).

La ciudad es una colmena diversa y ordenada: reúne todos los estilos arquitectónicos de todas las épocas; permite el desplazamiento por el aire, por la superficie y por debajo de la tierra; hay amplitud, anchura de las calles, pero a la vez hiperconexión y accesibilidad a los lugares; se ha prohibido la explotación de los animales, tal como se ha prohibido también la explotación de los humanos por los humanos. Como se afirma más adelante —“bendigamos a la Ciencia, nuestra amada, nuestra única redentora” (Vázquez Castro, 2016: 284)—, en este mundo del mañana no son responsables de la plenitud de la vida social los gobiernos, ni la práctica política, ni la religión, ni el sistema económico, sino la ciencia y la tecnología, esto es, el resultado del trabajo racional de ciertos individuos que buscan beneficiar a toda la humanidad, y que no mantienen nunca un vínculo con lo económico<sup>7</sup>. Esta plenitud, esta detención del tiempo histórico, contrasta con la “barbarie” del pasado, de la que se guardan exhaustivos recuerdos en los museos; el viajero puede ver allí el acervo de libros, diarios y revistas en el que se conservan las injusticias y la brutalidad del pasado, que es en realidad el presente contextual del autor. También asiste a un museo frenológico, en el que verifica cuánto

---

<sup>7</sup> En esta utopía, no hay mención del dinero. En otras narraciones del periodo, se dice explícitamente que el dinero ha sido abolido. Esta abolición es el ejemplo paradigmático del simplismo de la mirada utópica sobre la totalidad del sistema social.

han crecido los cráneos de los habitantes de Mañana City, hartos más inteligentes que los más sabios del siglo XIX, como Cuvier, Haeckel, Darwin o Huxley.

### “El Centenario” de Groussac, a la luz del modelo universalista francés

Publicada en una revista dirigida a la elite ilustrada (a diferencia del *Almanaque Sudamericano*), la utopía de Paul Groussac (1848-1929) combina el imaginario nacionalista de una joven nación con el modelo cientificista de la Exposición Universal de París de 1889. El viaje en el tiempo que realiza el protagonista, gracias a —como ya se vio— el sueño hipnótico producido por el Dr. Bragowicz, es una especie de proyección onírica a contraluz de las fotografías de la exposición parisina que el sabio ofrece al hipnotizado. Se logra así la imagen de una ciudad de Buenos Aires no tan lejana en el tiempo (1910), pero que festeja un momento simbólico crucial y se ha convertido en un centro urbano de referencia internacional. La recreación de la ciudad futurista es la primera panorámica a la que asiste el viajero:

Es la vasta plaza de una ciudad populosa y activa, con soberbios edificios por todos lados; se abren delante de mí, hacia el oeste, norte y sud, tres anchas avenidas divergentes, cuajadas de transeúntes, cruzadas por alambres, ferrocarriles elevados, coches automóviles... todo ello nuevo para mí. Doy media vuelta para orientarme, y reconozco sin asombro el palacio nacional, la antigua Casa Rosada: ¡estoy en Buenos Aires, en la Plaza de Mayo! Pero otra Buenos Aires, embellecida, rejuvenecida, como si hubieran transcurrido muchos años desde mi ausencia: una Buenos Aires que me trae encontrados y lejanos recuerdos de Chicago y París. Fijo la vista en enormes carteles de colores pegados en los kioscos, y leo en casi todos ellos los mismos rótulos cien veces repetidos: EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1910 – FIESTAS DEL CENTENARIO (Groussac, 1897: 295).

Cuando describe la exposición universal, habla de la “colmena ciclópea” y menciona los avances ecológicos en materia energética: no hay contaminación del aire por humos, ni ruidos de calderas, sino que todo se mueve por la “invisible” energía eléctrica, que llega directo de las cataratas del Iguazú. Las fotografías se transmiten por “estaciones telegráficas de América y de Europa” (Groussac, 1897: 301), como una intuida internet, y los stands muestran los más prodigiosos inventos. “A cada instante vemos bajar de las nubes viajeros aéreos que vienen de Montevideo” (Groussac, 1897: 301), se ven submarinos que llegan del polo sur y trenes que unen Buenos Aires con Estados Unidos en solo cinco días. El estilo de Groussac tiene el registro de la escritura culta, ajena a la fugacidad del periodismo y afecta a figuras trabajadas; en sus panorámicas, “los trenes y vehículos siguen derramando el gentío por las bullentes avenidas; cruzan la atmósfera naves extrañas, cargadas de pasajeros, aves monstruosas, cometas y aeroplanos que describen curvas sinuosas hasta rasar el suelo y detenerse un momento para volver a subir” (Groussac, 1897: 298). Sin embargo, no solo el estilo es diferente; en “El Centenario” Groussac incorpora una dimensión explícitamente política, tanto del pasado como del presente. Lejos de la ausencia de gobierno de “Mañana City”, asistimos aquí a una ciudad enorme, de un millón y medio de habitantes, que le rinde tributo a Julio A. Roca, en agradecimiento de sus dos presidencias<sup>8</sup>, y que se enorgullece de haber erigido sus Campos Elíseos sobre “el histórico sitio de Rosas” en Palermo, “de quien quizás conserven todavía

---

<sup>8</sup> Julio A. Roca fue presidente de la Argentina en dos periodos: 1880-1886 y 1898-1904. Hay aquí una anticipación de su segunda presidencia.

memoria algunos octogenarios”. Es en ese mismo terreno donde se erige ahora, en 1910, “el palacio central de la Exposición Universal” (Groussac, 1897: 297). La gran panorámica de Buenos Aires se interrumpe, en efecto, por “un estruendo distante [que] ha dominado el tumulto: es la primera salva de los acorazados argentinos fondeados en el puerto Madero, a la que responden las escuadras extranjeras” (Groussac, 1897: 298). Acto seguido, comienza el discurso del presidente de la Argentina, supervisado por la figura de Roca cual estatua viviente y la de otros mandatarios internacionales. El narrador afirma que rige una nueva “Constitución unitaria”, aprobada en 1903, “que ponía término a los bajalatos provinciales” (Groussac, 1897: 296), mientras que unos conflictos con Chile, en 1904, se habían resuelto favorablemente para la Argentina. Lejos de la ausencia de gobierno de Vázquez Castro —y aún más lejos de su ideario socialista o comunista—, Groussac idealiza un futuro en el que Buenos Aires es una nación avanzada en el plano científico-tecnológico (sede de una Exposición Universal), pero también es la concreción del proyecto de nación roquista, con Rosas sepultado bajo los parques de estilo parisino y todo vestigio de federalismo ahogado con la nueva Constitución. La felicidad, asociada en la superficie a la civilización, radica verdaderamente en el aniquilamiento del federalismo y de cualquier otra forma política. Esa fuerte unidad y homogeneización nacional aparece representada, como puesta en abismo, en “el plano en relieve del país en un trapecio de quinientos metros, una República Argentina en miniatura que se despliega a nuestra vista maravillada” (Groussac, 1897: 302). Estamos ante una sinécdoque de aquello que el narrador quiere transmitir, de aquello que en efecto ve en su viaje-sueño: una Argentina unitaria, ordenada. Hacia el final, la Exposición Universal cierra con su más brillante descubrimiento: la iluminación de todo el globo, gracias a la electrificación a través de fosforescencias en cada molécula existente.

### Ciencia y espiritualismo en el año 2010

Tal como reconstruye Hebe Clementi, el escritor español Enrique Vera y González (1861-1914) llegó a Buenos Aires en 1896, proveniente de Cuba, país al que había emigrado desde España en 1891. Al igual que su hermano Emilio —también emigrado, profesor de letras del Colegio Nacional de Buenos Aires—, Enrique poseía formación en humanidades y en ciencias, simpatizaba con el krausismo español y, siendo muy joven, publicó dos ensayos de orientación radical, uno “en contra de los que repudian el abolicionismo y a favor de la revolución, el otro” (Clementi, 1994: 14). Ya más morigerado en sus planteos, publica su novela *La estrella del sur. A través del provenir* por la imprenta de Juan Canter en 1904 y la reedita con ilustraciones en 1907<sup>9</sup>. La edición de 1904 está dedicada a Juan Canter, presentado como quien incentivó la escritura y aun proveyó ciertas ideas; el editor era muy cercano a Bartolomé Mitre y no es casual que este aparezca idealizado en esta utopía, como gran prócer nacional.

A diferencia de los relatos anteriores, al ser *La estrella del sur* una novela, ofrece una construcción más compleja y completa de la ciudad del futuro. En este caso, se trata de la ciudad de Buenos Aires del año 2010, en las vísperas de la celebración del Bicentenario de la revolución. El país se ha colocado en la primera línea de los adelantos tecnológicos, la densidad

---

<sup>9</sup> El autor publicará más tarde, en el número especial sobre el 25 de mayo de 1910 de la revista *PBT*, el artículo ilustrado “Buenos Aires en el año 2010”, en el que retoma y amplía la proyección futurista urbana de su novela.

demográfica y el poderío geopolítico, y ha superado así a los Estados Unidos. La ciencia es la gran protagonista de esta utopía, en su particular articulación con ciertas aristas del ocultismo y el psiquismo; no hay oposición, sino integración del materialismo y el espiritualismo en esta ciencia del futuro. No será posible analizar la utopía en todas sus dimensiones; no obstante, sí busco señalar al menos algunos aspectos que se vinculan con el ejercicio comparativo propuesto en este trabajo. En primer lugar, *La estrella del sur* enuncia explícitamente un ideograma que subyace en varias narraciones de entresiglos: aquel que resuelve el borramiento del conflicto y la diferencia. El narrador afirma, tras la enumeración de notables transformaciones —avances científicos, la desaparición de la pobreza y el hambre, la abolición del dinero, la reducción de la vigencia de los cargos públicos (presidentes y ministros rotaban cada año)—, que “se vivía en permanente revolución pacífica” (Vera y González, 2000: 74). La felicidad y la plenitud en la vida social no se obtienen mediante disputas ni conflictos; los cambios revolucionarios se van dando pacíficamente, como por decantación racional. Pero cuando se avanza en la descripción de este mundo, queda en evidencia que esa supuesta felicidad se obtiene a costa de un férreo control social, desde arriba, y justificado por la legitimidad absoluta del saber científico. Toda la población es sometida a *tests* de inteligencia, a cargo de la “corporación de psicólogos”. De acuerdo a las aptitudes de cada uno, se van distribuyendo los puestos. Ahora bien, entre los descubrimientos atribuidos a uno de los protagonistas, Augusto (un científico destacado en 2010), se menciona el “acumulador psíquico”, esto es, “un condensador de energías mentales y morales, altruistas y benéficas, que pudieran ser infundidas en los centros nerviosos a modo de sugerencias irresistibles. Las aplicaciones de este aparato serían no sólo curativas, sino principalmente higiénicas, fortificantes y aun modificadoras de los caracteres, en un grado notable” (Vera y González, 2000: 130). Con adjetivos positivos, se presenta un invento que podría modificar la mente de las personas, alterarla acorde a un fin o plan último. Asimismo, si bien el narrador afirma que “no hay sistema socialista que con tanta verdad y eficacia redima a los hombres como esta serie de progresos realizados y obstáculos vencidos” (Vera y González, 2000: 92), al mismo tiempo presenta un mundo dividido entre personas de escasos recursos (que usan automóviles de peor calidad o se llenan de joyas, acorde a su mal gusto) y personas ricas. A este elitismo se suma la reducción a la domesticidad de las mujeres; si bien existen androides sirvientes que llevan a cabo tareas domésticas, las mujeres se dedican a trabajos menores, no estudian y no tienen otro destino más que el matrimonio y la crianza.

En otro plano, la ciudad de esta novela adquiere dimensiones colosales. Todo se convierte en ciudad, en territorio urbano. El campo no tiene cabida en esta utopía del bicentenario:

La capital se ha desbordado sobre las tierras circundantes, que no han podido ni querido resistir esa benéfica invasión. Hace un siglo el término municipal apenas llegaba a 200 kilómetros cuadrados; hoy, sin contar las ciudades lineales, verdaderas expansiones o tentáculos del adorable monstruo, que se prolonga por el oriente hasta Montevideo, por el norte hasta el Rosario, por el sur hasta Bahía Blanca y por el oeste hasta San Luis y Córdoba, formando una estrella gigantesca (los primeros hilos de la tela de araña, las primeras vías de la formidable ciudad argentina del porvenir) la Estrella del Sur, propiamente dicha, pasa de cien mil kilómetros cuadrados y se aproxima a los 80 millones de habitantes (Vera y González, 2000: 109).

El “adorable monstruo” lejos está de representar una pesadilla en este relato, sino todo lo contrario: las comunicaciones son plenas, los traslados también; hay barridas elevadas,

suspendidas en el aire, que a su vez pueden desplazarse, mientras que todos los estilos arquitectónicos tienen su lugar: “Hay, pues, distrito chino, indio, egipcio, persa, caldeo, griego, romano, bizantino, gótico, árabe, plateresco [...]” (Vera y González, 2000: 116). En *La estrella del sur*, la ciencia funciona como el ascético motor de la transformación histórica. La dimensión social, con toda su complejidad y su diversidad, está conjurada bajo el escamoteado disciplinamiento y el control social a través de los mecanismos de selección eugenésica. La “permanente revolución pacífica” revela así el profundo mecanismo de corrección del presente contextual de las utopías de entresiglos.

### **La patria socialista y sus islas**

Autor de esta única obra, Julio Dittrich (1872-1950) ha contribuido como pocos a la tradición utópica argentina. Su novela *Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista*, publicada como edición de autor en 1908, traza un mundo original que incorpora elementos comunes a otras utopías pero que también sorprende. Dittrich nació en Alsacia, en ese entonces parte de Alemania. Llegó a la Argentina en su adolescencia; “trabajó como mecánico en fábricas metalúrgicas y durante años estuvo enganchado en la marina de guerra en carácter de ingeniero maquinista. Más tarde llegó a ser propietario de un establecimiento fabril” (Weinberg, 1976: 29). Fue miembro del Partido Socialista y como tal adscribía a la valoración de la lectura y de la instrucción de la clase obrera. En el “prólogo” a su novela, deja en claro el fin pedagógico o acaso iluminador de su fantasía: “soy un trabajador, he vivido entre obreros y conozco su situación. [...] si yo consigo de [sic] aportar mi grano de arena para el mejoramiento de la clase proletaria me doy por muy satisfecho” (Dittrich, 1908: 3).

*Buenos Aires en 1950...* presenta un país y un mundo en el que ha triunfado el socialismo. El hijo del trabajador que ha permanecido dormido por más de cuarenta años es el encargado de narrar y describir el nuevo estado de cosas ante su padre. Lo curioso es que ese radical cambio de organización social internacional se había conquistado sin disparar un solo tiro (o casi, con la excepción de Alemania y Rusia). La disuasión y el entendimiento sobre las ventajas del socialismo se presentan como las verdaderas fuerzas motoras del cambio. En este nuevo mundo, a nadie le falta nada: la jornada laboral es de cuatro horas, no existe el dinero, la juventud se ejercita a diario y no cae en vicios; toda la producción está concentrada en la gran industria y no hay comercios, dado que el Estado es el gran regulador de la economía. Hay un gobierno central en Berna, la Sociedad Universal, y en cada país los gobiernos tradicionales fueron reemplazados por consejos de ancianos. Las mujeres gozan de algunas igualaciones con los hombres, pero siguen relegadas al plano de la domesticidad, las tareas de limpieza y de crianza (es curioso que el narrador se jacte de que ya no existan los sirvientes, pero en la novela no se detecta que son las mujeres quienes actúan como tales). Las personas se tratan como iguales, no importan sus tareas ni títulos. Todos pueden educarse, viajar y decidir qué hacer con el tiempo libre. La ciudad no aparece aquí hipertecnificada, sino como un espacio idílico en el que no se imprimen las marcas de las formas de producción. Si bien se habla de grandes industrias y de una división internacional de la producción de bienes, insumos y servicios, no están presentes esas industrias en la construcción visual de la ciudad. Por el contrario, se mencionan siempre las casas con sus respectivos jardines en cada uno de los barrios de Buenos

Aires y se recuerda que buena parte de la población optó por trasladarse al campo. Como en las narraciones de Groussac o Vera y González, las transformaciones de ese futuro en el espacio urbano también están aquí vinculadas con la historia y la tradición: la plaza Once pasa a llamarse Plaza Palacios, en honor al primer diputado socialista; la Plaza de Mayo ahora se divide en dos: la que recuerda el 25 de mayo de 1810 y la que honra el 1 de mayo de 1925, inicio de la revolución socialista. La antigua Catedral de Buenos Aires se transforma en la Casa del Pueblo, dado que la religión ha sido desterrada.

Ahora bien, tras la supuesta plena felicidad de esta sociedad del futuro, se esconde una estigmatización y una política segregacionista respecto a los “otros” de la revolución. En primer lugar, están los “rayos ultra blancos”, técnica que imprime marcas en la frente de las personas que han cometido delitos o faltas. Una “M” en la frente denota mentiras; la letra “S” significa ladrón; y la calavera marca a los asesinos. “Para las mujeres hay una letra más: la letra V, que es equivalente a mujer de mala vida” (Dittrich, 1908: 39); es notable cómo el castigo por determinado comportamiento sexual recae solo en las mujeres y no se contempla un equivalente en los hombres. Es este también un aspecto constante en las utopías del periodo: la invisibilidad de las mujeres como plenos sujetos de derecho. Ahora bien, los estigmas funcionan en tándem con el destierro de los criminales a las Islas Malvinas (que son, finalmente, argentinas); aquel que viola las reglas de la nueva sociedad es expulsado y si reincide, ya no puede integrarse. Asimismo, a los anarquistas —descontentos por el curso de los acontecimientos— se los destierra a Irlanda, país que voluntariamente ha cedido su territorio a cambio de un sector en la Patagonia. Acaso esta invención no esté exenta de cierta ironía humorística por parte de Dittrich, teniendo en cuenta la rivalidad entre socialistas y anarquistas argentinos (Weinberg, 1976). Por otro lado, los aristócratas que se resisten a integrar la Sociedad Universal socialista son encerrados en el Reino Unido, bajo la incómoda circunstancia de que carecen de sirvientes y no logran concretar las más básicas tareas cotidianas. La utopía de Dittrich logra la armonía de su mundo expulsando todo aquello que actúa como disruptivo, como diferencia, como disenso o como problema. La isla ya no es el lugar de la utopía, como lo fue tradicionalmente, sino que ahora funciona como el contrapunto de la ciudad del futuro, como el espacio donde encerrar aquello que no logra integrarse al nuevo mundo idealizado.

### **Un futuro macabro**

Finalmente, el breve relato del inmigrante español Justo López de Gomara (1859-1923), “La ciudad del siglo XXX”, actúa como coda a este recorrido por el corpus. Su apelación a lo macabro lo distingue del resto de las narraciones, si bien presenta elementos comunes. López de Gomara fue un escritor de vasta obra, en la que se incluyen “teatro, novela, legislación, historia, economía política, arte e industrias” (Villegas, 1907: 17), además de un periodista reconocido, fundador y director en Buenos Aires de *El Diario Español*.

En “La ciudad del siglo XXX”, un narrador omnisciente y con cierta perspectiva irónica cuenta la historia de la ciudad Equis, situada en la República Argentina, país que ha dejado atrás el predominio de los Estados Unidos (tema que se reitera, sobre todo en las narraciones de emigrados españoles). El presente de la narración coincide con el del contexto de publicación, 1886, mientras que el futuro vislumbrado es 1920. El siglo XXX presente en el



título es solo una evocación del final. La Argentina era ya un país de cuarenta millones de habitantes; el campo se había distribuido entre varios pequeños propietarios, el país estaba dividido en cincuenta Estados, y los adelantos tecnológicos eran maravillosos. La “revolución moral” fue seguida de una “revolución territorial” (López de Gomara, 1886: 95), y luego de grandes transformaciones en las formas de gobierno: los presidentes se eligen por un año y se respetan los derechos de todos los ciudadanos, incluidos los inmigrantes. Ahora bien, la curiosidad de esta utopía la constituye la forma en que la ciencia y la tecnología se articulan con la muerte, y terminan asociadas a la desmesura, a la búsqueda de igualación con Dios, tema recurrente de la temprana ciencia ficción desde *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818) de Mary W. Shelley.

El problema que se planteaba la ciudad Equis era qué hacer con los cadáveres; y adscriptos a un utilitarismo que pasa por encima de cualquier ritual, deciden aprovechar los componentes de los cuerpos humanos, reciclándolos: “el cuerpo humano no es, como sabe cualquiera, sino un conjunto de oxígeno, cal, amoníaco, sosa, potasa, fósforo, magnesio, hierro [...]” (López de Gomara, 1886: 97). La reutilización termina siendo tan exitosa que cadáveres de toda la República llegan a Equis para su aprovechamiento. Y la fisionomía de esta ciudad del futuro cambia radicalmente al estar íntegramente construida con los cuerpos de los muertos:

La ciudad que, como hemos dicho, había sido hasta entonces casi toda de madera, empezó a construirse con aquellos materiales que podríamos llamar humanos: ladrillos de hombre, cal de esqueletos, etc., supliendo lo que faltaba en el cuerpo humano con inteligentes combinaciones que daban el resultado apetecido, y era tal la baratura con que podían venderse aquellos originales artículos que no había quien no los empleara.

Nuevas aplicaciones iba encontrando paso a paso aquella atrevida industria; [...]. El aprovechamiento, digámoslo así, de los cadáveres, llegó a proporcionar hasta baratísimo gas de alumbrado; pues fue operación fácil dar dirección, distribuir y acondicionar, en cuanto a combustión y claridad, los que escapaban de los cuerpos al hacer separación y extracción de sus elementos (López de Gomara, 1886: 98).

El narrador apunta que para muchos la empresa era “infernally horrible, repugnante y altamente inmoral”; sin embargo, según su perspectiva, “aquello era conmovedor y grandioso” (López de Gomara, 1886: 98). La ciudad iluminada por sus muertos y sostenida sobre el cuerpo de sus muertos no constituye una alegoría, pero sí alcanzan una imagen de alta densidad simbólica. Hay una visión satírica del utilitarismo, y de los usos de las ciencias por sobre cualquier dimensión moral. Pero también, esta es la única utopía en la que esa opresión a los “otros” —en este caso, los muertos— despierta una resistencia y esa otredad adquiere voz. Porque, en efecto, los muertos se levantan contra la utilización de sus cuerpos como “cosas”, y deciden mover esa ciudad hacia el espacio exterior; van a castigar la “osadía” científicista con la ayuda de Dios y los condenan entonces a vagar por el espacio hasta el año 3000. Se produce aquí también la detención de la historia, pero en un sentido opuesto al resto del corpus: el haberse acercado “demasiado a Dios” (López de Gomara, 1886: 99) a través de la innovación científica los condena a una parálisis y al destierro, literalmente. El pasado, la tradición, los ancestros, que en novelas como la de Vera y González son sentenciadas a la evanescencia (“la palabra tradición iba perdiendo todo prestigio” [2000: 74]), están revigorizadas en el relato de López de Gomara y representan una verdadera pesadilla para la proyección de futuro.

## Cierre

Las utopías, en tanto modos narrativos que forman parte de la ciencia ficción (en esta época, en la Argentina, muy solapada aún con lo fantástico), son un terreno fértil donde indagar las formas de una imaginación históricamente fechada y determinada por variables contextuales. Toda obra literaria es producto de un escritor que toma decisiones temáticas y formales, pero su emergencia y su “puesta en forma” (Sapiro, 2016) no se agota en las decisiones de un individuo aislado, sino que en ellas intervienen condicionamientos ligados al campo literario, a los solapamientos con el ámbito de la prensa (sobre todo en los años de entresiglos), a la situación política, económica y social del país, entre otros. Cuando Jameson enfatiza que las formas de la imaginación literaria están indefectiblemente ligadas a las formas de producción, no apunta a un determinismo cerrado y unidireccional, sino a la identificación de cómo los conflictos y tensiones del presente emergen en, pero a la vez limitan, las posibilidades de la ficción. En el caso de las narraciones analizadas, se hacen evidentes las imposibilidades de pensar la totalidad de un sistema social plenamente realizado y feliz sin apelar al férreo control social del otro, de lo diferente, de lo que se presenta como amenazante al proyecto hegemónico. La ciencia del futuro, aquí sí felizmente articulada con su “otro” —el espiritualismo, el ocultismo— es el salvoconducto idealizado para alcanzar la plenitud de la vida humana; pero cuando las utopías escarban en las formas de organización de la sociedad, cuando deben atender a cuestiones económicas, políticas, legales, territoriales que de alguna manera quedan por fuera del accionar propiamente científico, se evidencia la salida autoritaria, no obstante escamoteada y presentada con perspectiva positiva por parte de las voces narradoras. Cabe destacar que, al ser los cinco autores inmigrantes, en estas utopías la inmigración siempre es presentada en un sentido positivo, como recurso indefectiblemente civilizatorio, a diferencia de las obras de otro perfil de escritores, más ligados a la elite nativa (por ejemplo, Eugenio Cambaceres y su novela *En la sangre*). Estos rasgos, junto con otros, son valiosos en tanto representaciones de época: antes que hechos, informan sobre las representaciones sociales, y sobre los límites de “lo decible” y “lo pensable” en un momento determinado (Angenot, 2010). La literatura utópica se ofrece así, en tanto literatura, en tanto ejercicio de imaginación, como un documento de cultura, como un espacio que formula los ideologemas literarios que cifran las tensiones del presente.

## Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, Carlos y Beatriz Sarlo, 1983, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, pp. 69-105.
- ANGENOT, Marc, 2010, “El discurso social”, en *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 12-93.
- BRUNO, Paula, 2011, “Paul Groussac”, en *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 107-146.
- CATTARUZZA, Alejandro y Alejandro C. Eujanian, 2003, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza.
- CLEMENTI, Hebe, 1994, “Una utopía española para la América”, en Vita Fortunati, Oscar Steimberg y Luigi Volta (comps.), *Utopías*, Buenos Aires, Corregidor, pp. 195-211.

- DEVOTO, Fernando J., 2002, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DITTRICH, Julio, 1908, *Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista*, Buenos Aires, s/d.
- FRYE, Northop, 1982, “Diversidad de utopías literarias”, en Frank E. Manuel (comp.), *Utopía y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 55-80.
- GROUSSAC, Paul, 1897, “El Centenario”, en *La Biblioteca. Historia, Ciencias, Letras. Revista Mensual*, año II, tomo V, pp. 287-305.
- GUTMAN, Margarita, 2011, *Buenos Aires. El poder de la anticipación*, Buenos Aires, Infinito.
- JAMESON, Frederic, 1989, *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor, pp. 11-119.
- , 2009, *Arqueologías de futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, pp. 7-38.
- LÓPEZ DE GOMARA, Justo S., 1886, “La ciudad del siglo XXX”, en *Locuras humanas*, Buenos Aires, Félix Lajouane.
- PORTELA MEDRAÑO, Xesús, s/f, *Manuel Antonio Bares*. Disponible en: [http://bueu.esy.es/Documentos/Autoresbueue/Bares\\_Manuel/CD\\_Manuel%20Bares/su\\_soportela%202.htm](http://bueu.esy.es/Documentos/Autoresbueue/Bares_Manuel/CD_Manuel%20Bares/su_soportela%202.htm).
- QUEREILHAC, Soledad, 2016, *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- , 2021, “Sombras tras la lámpara de gas: la temprana ciencia ficción argentina (1816-1930)”, en T. López-Pellisa y S. Kurlat Ares (comps.) *Historia de la ciencia ficción latinoamericana*, Madrid, Iberoamericana Veuvert, pp. 51-93.
- S/N, 1914, “Enrique Vera y González”, *El País*, Madrid, 14 de julio.
- SAPIRO, Gisèle, 2016, *La sociología de la literatura*, Buenos Aires, FCE.
- SUVIN, Darko, 1979, *Metamorfosis de la ciencia ficción. Sobre la poética y la historia de un género literario*, México, FCE.
- TERÁN, Oscar, 1993, “El payador de Lugones o la mente que mueve las moles”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, (XVI) 47, pp. 43-46.
- VALLEJO, Mauro, 2017, *El conde Das en Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblios.
- , 2019, *Onofroff, un telépata en tiempos de Mitre. Hipnosis y esoterismo en la trama cultural 1890-1910*, Tres de Febrero, Eduntref.
- VÁZQUEZ CASTRO, Manuel, 2016, “Mañana City”, en Carlos Abraham (comp.), *Cuentos fantásticos argentinos del siglo XIX*, Tomo 1, Buenos Aires, Ciccus, pp. 277-286.
- VERA Y GONZÁLEZ, Enrique, 2000, *La estrella del sur. A través del porvenir*, Buenos Aires, Instituto Histórico.
- VILLEGAS, Emilio F., 1907, “Bosquejo Histórico de *El Diario Español*. Apuntes biográficos de su director D. Justo S. y López de Gomara”, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Robles (folleto).
- WEINBERG, Félix, 1975, “Movimiento obrero y literatura utópica en la Argentina”, en *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n° 25, pp. 7-29.
- , 1976, *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Buenos Aires, Solar / Hachette.
- WILLIAMS, Raymond, 1994, “Teoría política: Utopías en la Ciencia Ficción”, en Daniel Link (comp.), *Escalera al cielo. Utopía y ciencia ficción*, Buenos Aires, La Marca, pp. 110-125.